

El 21 de Enero de este mismo año llegaba a Venezuela Mons. Hilarión Capucci. Venía como Visitador Apostólico a reunirse con las comunidades melkitas del país. Mes y medio más tarde continuaría su jira por Colombia, México y Argentina antes de regresar a Roma.

La revista SIC ha querido aprovechar esta ocasión para entrevistar a un personaje cuya reciente historia resulta ya tan elocuente. Como es bien sabido Mons. Capucci acaba de cumplir una condena de tres años y tres meses en la prisión israelita de Al-Ramleh acusado de colaborar activamente con la Organización para la Liberación de Palestina. Fue puesto en libertad por la intervención insistente y personal del Papa Pablo VI.

La pregunta fundamental a la que Mons. Capucci trata de responder en las páginas que siguen es la siguiente: ¿cómo ve él la posición de un obispo católico al frente de un pueblo que sufre y lucha por alcanzar su liberación? Su respuesta, madurada por la situación singular que le ha tocado vivir, ofrece un testimonio vibrante de compromiso cristiano por la justicia. (N. de la R.)

ENTREVISTA A MONSEÑOR CAPUCCI



Me preguntan cómo veo yo la función de un obispo católico respecto a la liberación de su pueblo. Primero como obispo simplemente. El obispo debe encarnar el derecho y la justicia, y yo considero que el problema palestino, que en sí es un problema político, visto desde un punto de vista religioso aparece ante todo como un problema humano. Es el problema de un pueblo que en 1948 ha sido deportado y expulsado por la fuerza por las potencias para implantar en su lugar a otro pueblo. En primer lugar ésta ha sido una mala solución, porque cuando las grandes potencias apoyaron el sionismo para que se implantara en Palestina solucionaron el problema de los judíos errantes, pero al mismo tiempo crearon un problema igual, e incluso mayor, haciendo del pueblo palestino, que ya tenía una patria, un pueblo errante. Pero además las grandes potencias sentían remordimiento después de Hitler, después del nazismo y después de todo lo que había sido perpetrado contra los judíos. Ellas quisieron satisfacer honorablemente a los judíos y entonces hicieron todo lo posible por implantar este estado actual de Israel en Palestina.

Ahora bien, ¿por qué yo, que no tengo absolutamente nada contra los judíos, tengo que pagar por los alemanes? Son los alemanes los que han maltratado a los judíos, ¿por qué van a encontrar la solución y la reparación a mi costa? Por tanto, para mí después de la creación del Estado de Israel y el alejamiento del pueblo palestino de su patria, el hecho de que ese pueblo vuelva y sea el dueño de esa patria es una cuestión de justicia y derecho. ¿Quién más indicado que un eclesiás-

*Lo que siento es que los judíos,
que han sufrido tanto en su vida,
no hayan aprendido a aliviar a los que sufren...
Es como si quisieran
vengarse de lo que han sufrido por tantísimos años...*

*Soy un hombre de Iglesia
que encarna la justicia y la caridad
y defiende
la causa de los oprimidos y de los pobres.
Pero, a la vez, debo interesarme,
en el problema árabe
porque
pertenezco a esa familia.*

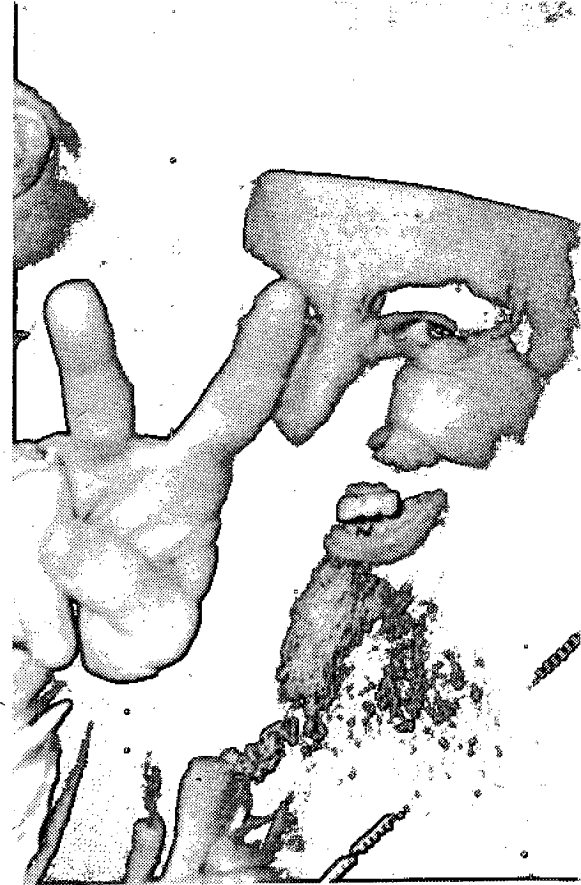
tico, un obispo, para defender la causa del maltratado, y para gritar bien alto el derecho y la justicia y mostrarse verdaderamente humano, comprender la suerte de los humanos?

Hablemos ahora además de mi función como obispo de Jerusalén. Entonces es más grave, porque cuando yo he sido consagrado obispo, Dios ha puesto en mis manos un depósito, la Iglesia de Jerusalén, la Iglesia de Palestina, y la misma Palestina. Porque según el Vaticano II y lo que allí se ha dicho sobre la colegialidad, el obispo no es responsable solamente de su Iglesia sino de la Iglesia que se encuentra en el mundo entero. Por tanto, como obispo de Jerusalén me considero responsable como mínimo de toda la Iglesia Palestina y de toda Palestina. El obispo es un pastor, es el padre, el amigo, el hermano, y es sobre todo el servidor de no importa quién; porque, como dice el Evangelio, el que de entre ustedes quiera ser el mayor debe hacerse el servidor de todos. En 1967 me encontraba en Jerusalén, porque fui consagrado obispo en 1965. Por eso en 1967, durante la guerra, ví con mis propios ojos cómo mis hijos... —porque yo no distingo entre musulmán, cristiano, druso o lo que sea: Para mí todos son hombres, hombres creados a la imagen de Dios; cuando yo los amo yo amo a Dios a través de ellos. Ellos son mis hermanos—. Por eso, cuando en la guerra de 1967 ví cómo mis hijos eran maltratados, qué dura era su vida, yo como obispo de Jerusalén, que me considero su padre y su servidor no podía quedarme con los brazos cruzados. Me veía obligado en conciencia delante de Dios a ayudarlos y aliviarlos.

El problema se hacía más grave al ver que la comunidad cristiana, después de la guerra del 67 se deshacía como un pedazo de hielo. Cuando se saca del frigorífico un pedazo de hielo es grande, pero si se tiene en la mano, después de un

tiempo allí no queda nada. El pedazo de hielo ha desaparecido. Lo mismo ha ocurrido a nuestros cristianos en Palestina. Están en peligro de deshacerse. En 1947 había en Palestina como mínimo entre trescientos y trescientos veinte mil cristianos de todas las comunidades (ortodoxos, protestantes, católicos, etc.). Hoy hay sólo noventa mil. Además para mí los Santos Lugares son santos precisamente porque hay fieles junto al santuario. Para mí el cristiano es el santuario, porque él es templo del Espíritu Santo. Es él quien santifica los Santos Lugares. Es él quien les da vida. Sin la presencia de cristianos junto a estos santuarios, los santuarios se convierten en piedra, en museo, no tienen ningún valor. Por eso, cuando veo que los fieles se van, ¿cómo quieren que yo, que soy el responsable de los fieles, del santuario, no proteste, no grite, no eleve la voz, no pida socorro?

No yo, sino Dios, la conciencia, la lealtad, las leyes exigen que este pueblo que ha sido evacuado pueda de nuevo recuperar sus derechos. Porque los palestinos no son refugiados; son un pueblo. Lo que ellos piden, lo que el mundo pide, lo que yo mismo pido es el derecho de cualquier pueblo en esta tierra. Todo pueblo tiene su nación, su patria. Todo pueblo tiene su cédula de identidad. Todo pueblo tiene el nombre de su patria escrito en los mapas. Lo que pido para ellos es su derecho de volver a su patria e instalarse allí. Ya es suficiente que desde hace treinta años vivan errantes por el mundo entero y habiten en carpas. Esto no es justo ni leal. Lo que tampoco, comprendo es que ese pueblo judío que ha sufrido tanto... Yo mismo siento mucho todo lo que se ha perpetrado contra los judíos. No estoy contra los judíos, en absoluto. El judío es para mí un hermano, un amigo al que amo porque Dios me ha dicho que le ame, y si no le amara no amaría tampoco a Dios. Por tanto, como cristiano, y puesto



que nuestra religión, si queremos resumirla, se resume en una palabra —caridad— yo debo en conciencia amar a todos y por tanto también al judío. Los considero mis hermanos, así como respeto la religión judía igual que mi propia religión, la religión cristiana... Lo que siento es que los judíos, que han sufrido en su vida tanto, no hayan aprendido a aliviar a los que sufren, a comprenderlos, a tratar de remediar sus sufrimientos. Lo que constato es que ellos, que han sufrido tanto, están ahora acomplejados; es como si quisieran vengarse de lo que han sufrido por tantísimos años. Por eso ni siquiera intentan comprender nuestro problema ni encontrarle una solución justa que dé a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Por estos principios me he comprometido a defender mi pueblo palestino y mi patria que es Palestina. Cuando digo mi patria y mi pueblo es porque nosotros los cristianos, sobre todo en la Iglesia católica, consideramos que la Iglesia es para el obispo una esposa, lo mismo que la Iglesia es la esposa de Cristo. Cuando un obispo es consagrado para una diócesis, esa Iglesia se convierte en su esposa, y los hijos que están allí son sus hijos. Esa patria se convierte en su patria. Por eso digo, aunque haya nacido en Aleppo (Siria), "nosotros los palestinos", porque soy palestino, Palestina es mi esposa y llamo a los palestinos hijos míos.

No es desde un punto de vista político desde donde me he metido en este problema. Yo no soy político. Soy ante todo y únicamente un hombre de Iglesia. No puedo meterme en política y nunca

haré política y no entiendo de política. Soy un hombre de Iglesia que encarna la justicia y la caridad y defiende la causa de los oprimidos y de los pobres. Esta es mi función. Pero a la vez, en cuanto árabe, debo interesarme en el problema árabe porque pertenezco a esta familia. Considero que nosotros los árabes somos como miembros de un mismo cuerpo. Cuando un miembro sufre los demás sufren. Cuando un miembro está contento los demás están contentos. Cuando Palestina se encuentra en esta situación, yo en cuanto miembro de este cuerpo debo sufrir, y como hijo de esa casa y hermano de esa gente debo igualmente, en conciencia, ayudarla. Por tanto desde un punto de vista religioso, como obispo, y desde un punto de vista árabe debo ayudarla. Quien me inspira en todo esto, en el punto de vista religioso y en el nacionalista es Cristo, quien ha dado su vida para salvar. El es el salvador, y los cristianos —con mayor razón los obispos— son discípulos de Cristo. El es la luz y el camino. En conciencia yo tenía que seguir el mismo camino de Cristo salvador, para tratar de salvar a mis hijos.

Probablemente esta actitud que me ha sido dictada por Dios, por mi conciencia, por mi deber de obispo, de obispo de Jerusalén, de árabe, de discípulo de Cristo salvador, puede indisponer a algunos. La única respuesta que puedo dar a esto es la palabra de Cristo: "No he venido a traer la paz sino la espada. He venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre...". Esto quiere indicar que cuando se dice la verdad, cuando se dice lo que es justo, lo que reclama la conciencia, si esto crea una desgarradura, qué se va a hacer. Lo que debe prevalecer ante todo y sobre todo es la voz de Dios, la voz de la verdad. Si lo que digo provoca una escisión no importa. Eso está en el evangelio. Cristo no ha querido separar jamás, no ha querido servirse nunca de la espada, es la caridad encarnada, porque Dios es caridad y Cristo es la caridad encarnada. Pero cuando predica la verdad y los fariseos se escandalizan peor para ellos.

P. UGALDE: Quisiera agradecerle, Monseñor, porque creo que su situación de lucha por un pueblo oprimido y que ha sido desalojado de su propia tierra, ilumina mucho la situación de América Latina en este momento, sobre todo donde hay cada vez más obispos, sacerdotes, cristianos que se están identificando con los oprimidos. Creo que esta conversación nos ayuda no solamente a nosotros sino a los lectores, que se interesan mucho por este tipo de temas, a entender el cristianismo como un compromiso sincero, directo, con el pueblo oprimido. Esta experiencia vivida por usted, que no es una teoría, nos ilumina enormemente y enten-



Reconocer los derechos nacionales del pueblo árabe palestino es el camino de la paz en el Medio Oriente (pancarta de bienvenida a Mons. Capucci el 21.1.78)

demostramos por qué muchos obispos de América Latina y muchos cristianos son calumniados como sembradores de violencia, etc., siempre que defienden la justicia, siempre que defienden los derechos del oprimido. De manera que en nombre no solamente de la redacción sino también de los lectores de SIC le doy las gracias.

MONS. CAPUCCI: Quisiera añadir que actualmente hay obispos que están presos no solamente aquí sino también en África del Sur porque se ponen a defender la causa de la mayoría negra, y porque dicen: "Para nosotros no hay diferencias entre negro y blanco, entre pobre y rico". Están presos por decir la verdad. Por decir la verdad se crea una escisión, pero qué se va a hacer. La Iglesia es luz, es "madre y maestra", como dijo Juan XXIII. Es madre porque siente con los oprimidos; es maestra porque debe enseñar no sólo con las palabras sino con los hechos. Ella es luz y es sal. Debe ir siempre por delante y decir "sígueme". Si la Iglesia no cumple su función, ¿para qué existe? La Iglesia no es de piedra; la Iglesia son los hombres. Si cada uno de nosotros y cada uno de los cristianos no dan su testimonio somos traidores a Cristo y traidores a la Iglesia.

P. UGALDE: Creo que la gente lo entiende así. Es decir, mucha gente que había separado o visto separar en la Iglesia las palabras de los hechos ahora, poniendo el caso de América Latina, está recuperando la fe en la Iglesia porque está viendo que empiezan a tomarse en serio los grandes principios y a comprometerse sinceramente, aun a riesgo de su comodidad, y a veces aun a riesgo de su libertad. En ese sentido me parece que hay una gran esperanza justamente en la Iglesia perseguida y calumniada por haberse comprometido.

MONS. CAPUCCI: Quiero añadir también una palabra. Cuando digo que la

Con estas palabras pronunciadas en tono vehemente Monseñor se despidió de nosotros. Su agenda apretada le llamaba hacia otros grupos que también querían conversar con él. Nos llevábamos la imagen de un hombre enérgico, acogedor y sencillo. Atrás quedó la casa parroquial de San Jorge, en Vista Alegre, con la puerta siempre abierta como signo de su hospitalidad.

Iglesia es una madre y que sufre con los que sufren, y que yo en cuanto árabe, miembro de esa nación árabe sufro cuando otro miembro sufre, no solamente sufro a causa de los palestinos sino que sufro igualmente con motivo de esa situación desventurada del Líbano. Hermanos que se matan entre sí. Esto me da una gran lástima. Yo rezo todos los días para que vuelva la paz a ese país tan bello que ha encarnado la caridad. Porque la verdad es que para mí el Líbano era el cielo en la tierra. Todos vivían en familia, como hermanos. Es un mosaico, porque allí hay muchas confesiones diferentes; pero la gente pasaba por encima de sus diferencias desde el punto de vista religioso y vivían como hermanos y se amaban. En cambio ahora se matan unos a otros. Es la discordia la que reina ahora en ese país. Esto me da mucha lástima. Cuando estaba preso escribí a los libaneses para suplicarles que siguieran la voz de la conciencia, la voz de Dios, la voz de la caridad. Yo escribí al Presidente Sarkis cuando era el Presidente de la República para decirle que iba a rogar con él para que Dios le ayudara a fundir a todos los libaneses en un solo crisol, el crisol de la caridad y el crisol libanés. En cuanto a mí, todas las veces que hablo del problema palestino hablo también del Líbano, porque para mí el Líbano y la Palestina son una misma cosa. Son como morochos, como dos hermanos que gozan de la misma estima en mi corazón. Y quiero decir que yo deseo que el Líbano sea para los libaneses y nada más que para los libaneses. Todos los demás que están en territorio libanés son huéspedes, y no tienen derecho a decir que este partido o este otro partido del Líbano les pertenece. NO. El Líbano es para los libaneses. Yo no quiero ni puedo aceptar de ninguna manera que el Líbano quede dividido. El Líbano debe quedar unido. Partiendo de este principio, no puedo imaginar que el sur del Líbano sea separado, para que los palestinos residan allí y consideren que esa es su patria mientras esperan su vuelta a Palestina. Esto es un crimen para los libaneses y para los palestinos. Para los libaneses porque supone la división del Líbano. Para los palestinos porque esto hace el juego a los judíos que quieren darles una patria fuera de Palestina, para no dejarles volver a su país. Esto es pues dos veces criminal. Los palestinos no tienen derecho a instalarse al sur del Líbano, porque el sur del Líbano es libanés y no les pertenece a ellos. Su patria está en Palestina y es allí a donde deben regresar.